

enemigos era muy grande. Las murallas se desplomaron á fuerza de brechas y la guarnicion fué acuchillada sin compasion á excepcion de algunos que pudieron escapar.

Mientras que la Palestina seguia marchando paso á paso hácia su aniquilamiento, la Siria septentrional tenia tambien mucho que sufrir. En Antioquia y Trípoli habia reinado hasta el año 1233 el príncipe Boemundo IV, y despues le sucedió su hijo del mismo nombre. En el año 1244 amenazaron á este los enemigos mas terribles de los pueblos civilizados, los mogoles, que, hasta entonces no habian molestado á la Siria cristiana, á pesar de que el terror de sus armas habia asombrado á Asia y Europa tiempo hácia. Boemundo, así se dijo, recibió la intimacion de demoler todas las fortificaciones de su país y ceder á los bárbaros todas sus rentas en dinero, y además 3,000 doncellas. El príncipe contestó con una alusion á su buena espada, la cual sin embargo le habria servido de poco si los mogoles no se hubieran visto ocupados en otras expediciones de robo y conquista. Con todo, los habitantes de Antioquia y de Armenia llegaron á ser poco tiempo despues tributarios de los mogoles. En el año 1247 invadió el principado una horda de turcomanos, devastó todo lo que alcanzó á su paso, y causó graves pérdidas á la caballería de Boemundo, que opuso á los bárbaros una resistencia poco eficaz y en extremo descuidada.

En frente de esta calamidad siempre creciente, poco importaba que se unieran mas intimamente las fuerzas de los cristianos orientales. En el año 1243 se habia separado de los príncipes de Suabia el reino de Jerusalem, y declarado por soberana á Alicia de Chipre. Esta reina murió en 1246 y le sucedió como señor de Jerusalem su hijo, el rey Enrique de Chipre, el cual conservó las dos soberanías de los Estados cruzados. Estos no podian ya sostenerse por sus propias fuerzas, y estaban condenados á una próxima ruina, si no sucedia lo que apenas podia esperarse, es decir, que el Occidente se levantase de nuevo entusiasmado y dispuesto á sacrificarse en la lucha contra el islamismo.

CRUZADA DEL REY LUIS IX

En 21 de agosto de 1241 murió el papa Gregorio IX á una edad muy avanzada. La herencia que legó á sus sucesores era doble; en primer lugar el cuidado de sostener el reino de Jerusalem que se derrumbaba, y en segundo lugar, la continuacion de la lucha contra el emperador Federico, con cuya ruina habia de elevarse á su perfeccion la teocracia romana. El 26 de octubre de 1241 fué elegido papa Celestino IV, pero el débil anciano murió á las pocas semanas, y siguió un interregno de mas de año y medio, hasta que al fin, en 24 de junio de 1243, ocupó la silla de San Pedro, con el nombre de Inocencio IV, el cardenal Sinibaldo Fieschi, conde de Lavagna. Este pontífice dirigió en seguida su atencion á resolver los asuntos que aquella herencia le habia impuesto. Exhortó á todos los países á que orasen y pagasen en favor de Jerusalem; sus predicadores de cruzada marcharon de un lugar á otro con el fin de reunir fuerzas y dinero para la guerra santa; algunos monjes se atrevieron á salir con cartas apostólicas para verse con los mogoles y musulmanes de Egipto y de Siria, convertirlos ó al menos inducirlos á la benevolencia para con los cristianos; el gran concilio de Lyon celebrado el año 1245 decretó una paz general de cuatro años para todo el Occidente; decidió la nueva cruzada é impuso á casi todo el clero cristiano la obligacion de ceder la vigésima parte de las rentas que recibiesen en los tres primeros años, mientras que Inocencio se impuso á sí mismo y á los cardenales, la décima parte de todos sus ingresos en favor de la causa de Jerusalem, y por el mismo espacio de

tiempo. Pero las circunstancias de la época no eran muy favorables para aquellos esfuerzos del Papa; pues las naciones todas de Occidente estaban muy disgustadas de las expediciones á Siria que tantas veces se habian frustrado, ó se hallaban en discordia entre sí, como sucedia á los franceses con los ingleses, ó por último defendian con trabajo sus propios hogares contra el empuje de la barbarie mogólica. Lo peor del asunto era que el mismo Inocencio hacia imposible el éxito de sus predicaciones de cruzada; pues, así como en el espíritu de Gregorio IX, la salvacion de Jerusalem encontró menor eco que el deseo de aumentar su poder papal,



Luis IX: segun una miniatura del siglo XIV (*Mus. d. Bibl. nat., Paris*)

del mismo modo su sucesor se cuidó menos de vencer á los eyubitas que de subyugar al emperador Federico, y por esto la Tierra Santa tuvo que sufrir en ambos casos las consecuencias de esta fatal conducta. Federico hubiera podido esperar mejor trato de Inocencio, en cuanto que estaba en muy buenas relaciones con él desde hacia tiempo; pero la política de la curia romana le impelió con fuerza irresistible por el camino antes trazado, y á pesar de ser el nuevo Papa un sabio esclarecido, era tambien un teócrata en toda la extension de la palabra. Dirigió toda la energía de su gran talento á vencer en la contienda con el emperador, le excomulgó de nuevo en el concilio de Lyon y eximió á sus súbditos del deber de la obediencia. En vano hizo Federico concesiones, en vano ofreció empuñar la espada contra los mogoles, carismios y eyubitas, siguiendo los deseos de la Iglesia, pues el Papa aspiraba á la ruina del emperador y de toda la casa de Suabia, á la destruccion de todas las «viboras.» La primera consecuencia de todo esto fué que las predicaciones de cruzada que se habian hecho en favor del Santo Sepulcro, se dirigieron entonces contra los sucesores de los césares. Los enviados del Papa reclutaron guerreros para la guerra santa contra Federico, y permitieron, aun á aquellos que habian hecho ya el voto para la expedicion á Jerusalem, que le pudiesen cumplir luchando contra el emperador. El producto de las contribuciones ó impuestos en favor de la cruzada, se gastó en su mayor parte en esta guerra; sin cesar se pidieron á las naciones nuevas contribuciones y hasta se descubrieron algunos malvados que guardaban en sus bolsillos los tesoros regalados á la Iglesia. No es maravilla, pues, que en tales circunstancias aumentase rápidamente

la aversion en el Occidente contra la guerra santa. ¿Á quién podria echarse en cara que no quisiera sacrificar ya su fortuna y su sangre, cuando el mismo Papa empleaba los sentimientos mas nobles de la cristiandad en favor de sus propios intereses? Los franceses no quisieron prestar oidos á los gritos de socorro lanzados por la Iglesia; el rey de Inglaterra declaró á los mensajeros del Papa que sus súbditos habian sido varias veces engañados por los predicadores de la cruzada y que no se dejarían engañar de nuevo. En Alemania se declaró tal aversion contra la propaganda de la cruzada, que, por ejemplo, los ciudadanos de Ratisbona, partidarios celosos de la casa imperial de Suabia, mandaron que fuese castigado con la última pena todo aquel que llevara la cruz sobre sus vestidos.

Quizás nunca mas se hubiera podido reunir una cruzada, si en aquel tiempo el antiguo deseo de la liberacion de Jerusalem, el verdadero espíritu de Godofredo de Bullon, no hubiese tomado cuerpo en toda su pureza en uno de los mas poderosos monarcas de la cristiandad, en el rey Luis IX de Francia. Fué éste por cierto educado por su buena madre Blanca en la gran política, y aumentó en virtud de esto el poder de la corona francesa con el éxito mas completo en lo que toca al extranjero, y lo mismo en lo que se refiere á sus inquietos vasallos, siendo al mismo tiempo en su naturaleza íntima una de las figuras mas grandes del ascetismo de la Edad media. Rezaba noche y dia, ayunaba, se flagelaba y se deshacia en lágrimas de fervor. Cuando cayó gravemente enfermo á fines de 1244, y estando ya desahuciado, se cuenta que sus primeras palabras al volver de un desmayo, fueron que le fijasen sobre el hombro la señal de la cruz. Los suyos se estremecieron y procuraron inspirarle otros pensamientos; pero él persistió en su voluntad, recibió la cruz, y cuando el concilio de Lyon tomó aquellas resoluciones arriba señaladas en favor de la guerra santa, convocó á los grandes de su reino para unas conferencias que habian de celebrarse en Paris. Su ejemplo y el sermón de un legado apostólico, el cardenal Odon de Tusculum, dieron por resultado que se adhiciesen al proyecto de la peregrinacion un número notable de nobles señores, entre ellos los tres hermanos del rey, Roberto de Artois, Alfonso de Poitiers y Carlos de Anjou, y además el duque Hugo de Borgoña, el conde Guillermo de Flandes, el conde Pedro de Bretaña y otros menos importantes, como Juan de Joinville, senescal de Champagne, el amable biógrafo del rey Luis. Sin embargo, se estaba todavia muy léjos del principio de la cruzada, porque un levantamiento general por parte de la cristiandad para la lucha contra el islamismo, que era lo que deseaba Luis, apenas era posible, y no bastaba el número de franceses que hasta entonces se habian decidido á la peregrinacion para poder esperar con fundamento un resultado favorable. Por lo que hace al aumento del número de peregrinos, salió de apuros el rey, segun se cuenta, mandando hacer secretamente la cruz sobre los nuevos vestidos que, siguiendo la costumbre, habia de regalar á su corte en el dia de Noche Buena, con lo que imponia un deber de honor á su nobleza de ir con él á Oriente; pero fuera de Francia halló la empresa de Luis poco apoyo. Solo en Inglaterra, con cuya nacion al fin habia pactado el rey un armisticio despues de larga lucha, tomaron la cruz algunos barones y obispos, y se resolvieron á tomar parte en la peregrinacion francesa. El rey Hakon de Noruega hizo tambien despues su voto de cruzada, y como era un experimentado marino le encargó Luis el mando en jefe de toda la escuadra de peregrinos; pero Hakon temió la responsabilidad que podria resultarle, y contestó que los noruegos eran gente demasiado impetuosa para poderlos llevar á Siria juntos con los franceses, y luego renunció por fin á su expe-

dicion á Oriente, porque la curia romana le permitió que dirigiese sus armas contra los paganos vecinos suyos (1). ¡Si Luis hubiese podido á lo menos recibir refuerzos para su ejército de Alemania ó de Italia, como tanto tiempo lo estuvo esperando! Pero allí todo dependia de la marcha de las relaciones entre el emperador y el Papa. Federico buscó la paz; por esto se ofreció, en cuanto le permitiesen las circunstancias, á ir él mismo á Siria, ó enviar á su hijo Conrado con los franceses, ó, por último, á socorrerlos á lo menos con buques, armas y víveres. Luis oyó con satisfaccion tales ofertas y se esforzó varias veces por hacer la paz entre el Papa y el emperador, pues á pesar de sus sentimientos humildes y piadosos, le constaba que Inocencio habia procedido contra su adversario con excesivo rigor; pero el Papa no se ablandó por esto. En Italia hacia grandes estragos la guerra entre los güelfos y gibelinos; en Alemania se oponia al príncipe de Suabia otro rey, y con esto no podia pensarse por lo que á los dos países toca en una reanimacion del antiguo entusiasmo de peregrinacion. En Francia tambien se suscitó entonces un grave peligro para la teocracia romana y para la cruzada de Luis IX. Un gran número de barones franceses, indignados por las pretensiones del Papa y del clero aliado suyo, formaron una asociacion con el fin de limitar la gran riqueza de la Iglesia en bienes y dinero, y cercenar mas y mas la jurisdiccion del clero; al mismo tiempo los principales dignatarios de Francia, con la reina Blanca á su cabeza, suplicaron nuevamente al rey que no cumpliera su voto exponiendo su persona, pues le habia hecho en una hora de enfermedad y tampoco habia esperanzas de éxito y de victoria en la discordia que reinaba, ya en el Occidente, ya en el Oriente. La influencia de aquella asociacion de nobles franceses fué paralizada por Inocencio, ganando para sí, con gran habilidad, uno á uno la mayor parte de sus miembros, concediéndoles gracias y favores; y las representaciones de los suyos desarmaron, segun se cuenta, al piadoso Luis, quien depuso la cruz que habia pedido como enfermo en un estado en que no tenia discernimiento, pero pidiéndola á la vez como hombre sano y responsable de sus actos. Era, pues, evidente que habia de emprenderse una nueva cruzada, pero compuesta únicamente de tropas francesas, no muy numerosas, y de un corto número de ingleses.

Entre tanto llegó el año de 1248. En la primavera de aquel año se llenaron los palacios reales y los castillos de la nobleza francesa de toda clase de armamentos. Antes de emprender Luis la marcha hizo público á sus súbditos, por medio de sus empleados y tambien por frailes que envió en todas direcciones, que estaba dispuesto á atender toda queja que pudiera hacerle cualquier súbdito, y este noble ejemplo fué tambien imitado por varios de los magnates del país, como nos consta particularmente del señor de Joinville. Despues marchó el rey á Saint-Denis para recibir en lugar sagrado el estandarte de Francia, el oriflama, con el cayado y zurrón de peregrino. De igual manera se santificaron los demás caballeros antes de emprender la cruzada, visitando mas de un santuario de peregrinacion. Cuando el ejército se puso en marcha ofrecia un aspecto sorprendente. El rey no llevaba ni pieles, ni vestidos claros, ni metal noble; sus

(1) Hakon habia tomado ya una vez la cruz en el año 1237 y repitió solemnemente este paso despues de la destruccion de Jerusalem por los carismios. Pero ni Gregorio IX ni Inocencio IV le amonestaron en serio para la realizacion de su propósito; antes bien le permitieron que combatiere en su lugar á los paganos del Norte. Parece que Hakon temió siempre que hizo el voto de peregrinacion que su cumplimiento le envolviese en una lucha entre la Iglesia y el imperio; y los Papas tenian suficientes motivos, siguiendo su política, para condescender con él de buen grado. Véase Riant, *Expeditions et pèlerinages des Scandinaves en Terre Sainte*, pág. 343 y siguientes.

espuelas eran de hierro, sencillo y oscuro su traje, como el arnés de su caballo; y este ejemplo fué también imitado por la nobleza activa de la hermosa Francia. Pero ya llegaba el ejército á las costas del mar cuando se turbó aquella sublime armonía que en él antes había reinado. Las comarcas del valle del Ródano sentían aun las consecuencias de la guerra contra los albigenses, y entre las discordias y luchas sangrientas debía abrirse paso aquel ejército. En medio de estas discordias perdieron su deseo de contribuir á la santa empresa muchos guerreros inferiores, los cuales regresaron y compraron en Lyon del papa Inocencio la absolución de su voto. En los últimos días del mes de agosto abandonó Luis el suelo patrio cerca de Aiguesmortes, con la parte principal de su ejército, en una escuadra compuesta en su mayoría de buques genoveses, y el resto se embarcó en otros puertos, principalmente en Marsella.

El primer objetivo de la expedición era Chipre, á donde sin desgracia alguna llegó el rey el 17 de setiembre; y hubiese hecho bien continuando su marcha sin demora. Pero como varias divisiones de su ejército aun no habían llegado, se detuvo algun tiempo y luego se resolvió á pasar en la isla el próximo invierno. Durante este espacio de tiempo declararon el rey Enrique de Chipre y sus caballeros franceses, querían pelear contra el islamismo al lado de los franceses; pero este incremento de poder fué contrarrestado por el daño que causó al ejército de los cruzados su prolongada inacción. Los barones franceses agotaron sus recursos pecuniarios antes de llegar al combate; no pocas veces estallaron disputas sangrientas entre aquella gente de diversas procedencias que llenó los puertos de Chipre; y á pesar de que no faltaban viveres y provisiones, porque Luis había hecho amontonar en la isla grandes cantidades, el clima á que no estaban acostumbrados, y el modo irregular de vida, causaron enfermedades peligrosas á las que sucumbieron, además de varios grandes señores y mucha gente de clase inferior, no menos de 260 caballeros. Debilitó también el rey Luis á su ejército enviando un pequeño cuerpo de tropas al príncipe Boemundo V de Antioquía que le había solicitado su ayuda contra las hordas turcomanas. Al mismo tiempo los enviados armenios que se hallaban en el campamento francés hicieron descripciones brillantes de los victoriosos combates de sus compatriotas contra los seldyucidas de Iconio, é indujeron así á un cierto número de peregrinos á que entrasen al servicio del rey Hethum. El emperador Balduino II de Constantinopla intentó también entonces ganar entre las filas del ejército de los cruzados un socorro para su ruinoso imperio; y recibió la promesa de ser atendido luego que se hubiera terminado felizmente la expedición. También los mogoles pidieron una especie de ayuda á Luis IX, enviando al efecto una embajada á Chipre que con elocuentes palabras manifestó la inclinación de los príncipes de su nación hácia la fe cristiana; y advirtió que la guerra de los mogoles contra el califa de Bagdad y la lucha de los cruzados contra los eyubitas eran en lo esencial empresas contra un solo y mismo enemigo. Luis respondió á esto exhortándoles á que se convirtiesen al cristianismo y les hizo preciosos regalos, entre otros una tienda ricamente adornada.

Parece que los franceses concibieron su fatal plan de atacar á los enemigos en Egipto y no en Siria, durante su larga permanencia en Chipre. El emperador Federico, que sin cesar se halló en la mejor armonía con el rey Luis, y le dió gustoso parte de sus provisiones de guerra, á pesar de sus disputas con el Papa, fué siempre de opinión, como era natural, de que los cruzados intentaran conquistar desde luego á Jerusalén. La curia romana, por el contrario, que temía por entonces que los príncipes de Suabia asentasen otra vez con

pié firme su poder en el Oriente, aconsejó probablemente á los franceses que dirigiesen la expedición á Egipto. También influiría en este sentido el que los cristianos orientales se hallaban entonces divididos entre sí por grandes discordias. Los templarios trataron de inducir al rey á que en lugar de entrar en lucha abierta, entablara débiles negociaciones de paz con el sultan Eyub; pero en tales circunstancias se creyó lo mejor prescindir de la discordia y deseos particulares de los partidos sirios, y cogiendo, por decirlo así, al toro por las astas, decidir también por medio de un gran golpe en Egipto el porvenir de la Tierra Santa. El terrible descalabro que había sufrido antes á orillas del Nilo el cardenal Pelagio, no desvió al rey de la empresa temeraria, porque creyó que podría subsanar fácilmente las faltas que aquel jefe inhábil había cometido.

Tomada esta resolución, se prepararon los franceses con el mayor entusiasmo en la primavera de 1249 á la expedición de Egipto. A duras penas pudieron reunir de varios puntos el número suficiente de buques, grandes barcos de guerra y pequeñas lanchas para el ataque inmediato de la costa enemiga. Todavía les llegaron varios refuerzos, principalmente de Grecia, donde había pasado el invierno una parte de los cruzados. Todos reunidos, 2,500 caballeros franceses, considerables masas de señores de Chipre, Siria é Inglaterra, con los muchos escuderos y criados, formaban un ejército considerable. La escuadra se componía de 120 barcos grandes y de mas de 1,600 pequeños; pero su armamento llevó mucho tiempo. Sufrió también algun retraso la salida por el mal tiempo; pero al fin, en 30 de mayo se dió á la vela y pocos días despues vieron la costa de Egipto y las torres de Damietta.

El sultan Eyub, á pesar de hallarse enfermo desde hacia algun tiempo, se preparó con gran cuidado para este ataque. Sus tropas y sus barcos se hallaban dispuestos á defender los puertos principales del Delta del Nilo. Los cruzados, pues, vieron ante sí una gran fuerza enemiga cuando se acercaron á la desembocadura del Nilo cerca de Damietta. Pero también se despertó en ellos el antiguo entusiasmo de la lucha despues de tan larga inacción. A pesar de que solamente una parte de su escuadra se halló cerca de tierra el 5 de junio, se precipitaron los caballeros sobre las pequeñas lanchas, desembarcaron y opusieron sus lanzas invencibles á los enemigos que corrían á su encuentro. El rey Luis, lleno de impaciencia, saltó del barco, precipitándose sobre las aguas que le cubrían hasta los hombros, y se colocó al lado de sus valientes. Pronto se vieron los cristianos con fuerzas suficientes para el ataque, y los musulmanes cedieron el campo despues de débil resistencia, profundamente conmovidos por su inesperado descalabro.

El desembarque tuvo efecto en el mismo sitio en que lo verificaron el año 1218, es decir, en la tierra llana al Oeste de la desembocadura del Nilo en Damietta. Los vencidos se retiraron por el puente de barcas que conducía por el Nilo á Damietta, y allí manifestaron su espanto, ante el cual habían sucumbido, y que se propagó también á la guarnición y á los habitantes de la plaza. Una larga resistencia contra el terrible ímpetu de los cristianos parecía imposible, tanto mas cuanto que no podían esperarse socorros suficientes del sultan enfermo. Por esto huyeron en la oscuridad de la noche siguiente, primeramente las tropas y despues los habitantes con las mujeres y niños, marchando en dirección Sur del país. Los cristianos estaban todavía ocupados en desembarcar sus materiales, el 6 de junio, cuando les llegó la noticia de la evacuación de Damietta. Con inmenso júbilo, y entonando canciones religiosas, penetraron en la ciudad desierta, hicieron rico botín, consagraron las mez-

quitas en iglesias cristianas y pusieron al frente de ellas un obispo.

El principio de esta cruzada iba pues acompañado de próspera fortuna; pero las esperanzas del porvenir eran aun muy sombrías. El sultan Eyub impuso severos castigos á los fugitivos de Damietta, evitando de este modo que cundiera en mayor escala la cobardía de sus tropas. Su ejército creció de día en día con los nuevos refuerzos, y pronto se mostró ansioso de pelear, hasta el punto de poder ya enviar algunas divisiones de caballería para hostilizar á los cristianos con inesperados ataques. Algunos musulmanes llevaron su osadía hasta el extremo de mezclarse por la noche entre los peregrinos y dar muerte á alguno que dormía, para ganar así la recompensa prometida por tales hazañas. Por otra parte no era suficiente el número de cristianos para conservar á Damietta y emprender al propio tiempo una expedición en grande escala al interior del país; y lo peor del caso era que

en aquella estación no pudo por mucho tiempo continuar la cruzada. Ya sabemos que el cardenal Pelagio había emprendido su marcha al Cairo durante el verano y que fué derrotado mas bien por las inundaciones del Nilo que por las armas enemigas. Por esto no debían ahora los cristianos abandonar las posiciones seguras que tenían en la costa antes que el otoño ofreciese seguridades en lo tocante á las terribles inundaciones.

Entre tanto el rey Luis mandó reforzar las obras de fortificación de la plaza de Damietta y que la mayor parte de su ejército ocupase acampado y defendido por atrincheramientos las afueras de la ciudad. Allí podían los cristianos esperar sin peligro el curso ulterior de los sucesos; pero la nueva inacción á que estaban condenados perjudicó sobre manera la disciplina interior de las tropas. Caballeros y escuderos se entregaron á toda clase de excesos; la envidia y la discordia se apoderaron del campamento, y no pocas veces emprendie-



Retratos de Roberto de Artois, Felipe, Carlos de Anjou, Luis IX y Alfonso de Poitiers
Facsimiles tomados del código *De bassagiis in Terram Sanctam* (Venecia)

ron algunos nobles señores atrevidas excursiones de pillaje por los alrededores, ó marcharon en secreto á imprudentes combates con los enemigos, á pesar de que tales actos temerarios habían sido severamente prohibidos. El rey Luis, entregado exclusivamente á sus piadosas inclinaciones, no tuvo la energía necesaria para reprimir con mano fuerte todos estos excesos; y por esta razón se relajó la disciplina del ejército en tales términos, que solo quedaban escasas esperanzas de nuevas victorias.

En el verano y otoño de 1249 llegaron todavía á Damietta considerables refuerzos; entre otros una division de ingleses á las órdenes de Guillermo Langschwert, conde de Salisbury, y principalmente todo un ejército de franceses que tan tardamente llevó de la patria uno de los hermanos de Luis, Alfredo de Poitiers. Pero cuando al fin celebraron consejo para acordar la continuación ó no continuación de la cruzada, se vió que había gran diferencia de pareceres entre los barones franceses. Unos aconsejaban la conquista de Alejandría, ó sea la extensión prudente y atnada de la dominación cristiana por las costas del Egipto; otros pedían con altanería la expedición contra el Cairo, alegando que para dar muerte á una serpiente se le debía aplastar la cabeza. Al frente de estos señores impetuosos y arrojados estaba el conde Roberto de Artois. Luis no quiso contradecirle porque era hermano; los entendidos caballeros no quisieron parecer cobardes; y por fin, en 20 de noviembre se puso en marcha el ejército hácia el Sur en dirección del Nilo, siguiendo la tan infortunada ruta que treinta años antes había llevado á los cristianos á su ruina.

La marcha se realizó con sorprendente lentitud; pues para la pequeña distancia que hay desde Damietta á Mansurah necesitaron todo un mes. Los enemigos se opusieron á los cristianos durante este tiempo únicamente con pequeñas divisiones. Tampoco los cruzados tuvieron que vencer grandes dificultades por lo que hacía al terreno; de modo que es na-

tural presumir que la tardanza fué motivada por negociaciones encaminadas á la conclusión de un tratado de paz. En efecto, parece que el sultan Eyub ofreció á los cruzados la devolución del reino de Jerusalén, y un tratado de comercio favorable, con tal que le hiciesen entrega de la plaza de Damietta y evacuasen el Egipto; pero esta noticia no está del todo confirmada, y solo sabemos que los cristianos perdieron mucho tiempo, durante el cual hubieran podido alcanzar las mayores ventajas, con tanta mayor facilidad cuanto que el sultan Eyub murió el 21 de noviembre, y su hijo Turanschah estaba muy distante, es decir, en la Mesopotamia. La viuda de Eyub, la sultana Schedscher Eddurr, procuró ocultar la muerte de su esposo hasta que el heredero del trono, avisado con urgencia, llegó al Egipto. Uno de sus mas principales oficiales, Fahreddin, reanimó el fanatismo religioso de los musulmanes contra los cristianos; pero las fuerzas de los eyubitas de seguro no hubieran podido resistir en aquel momento un ataque rápido y vigoroso por parte de los cruzados.

Finalmente, el 21 de diciembre llegó el ejército de los peregrinos compuesto de 60,000 hombres á la vista de Mansurah, pero allí se encontró en una triste situación. A su lado derecho tenía el brazo del Nilo de Damietta, enfrente estaba el ancho y profundo canal de Aschmum Tanah, el cual corre allí desde el Nilo, por la parte Nordeste, y del otro lado del canal, apoyadas sobre la firme Mansurah, se hallaban las mejores fuerzas del enemigo, parte en tierra firme y parte en los barcos de la escuadra egipcia del Nilo. Los musulmanes ocupaban por lo tanto una posición extraordinariamente fuerte, á la cual no podían acercarse los franceses sino construyendo un dique sobre el canal de Aschmum Tanah, empresa no menos trabajosa y pesada que dió á los enemigos cien veces ocasión para defenderse sin peligro y con éxito. Las máquinas de ataque de los egipcios disparaban sin cesar sobre los que trabajaban en el dique; sus barcos dirigieron re-